

Conradin tenía diez años cuando el médico expresó su opinión profesional de que no viviría otros cinco. El médico era sedoso y amanerado, y explicó poco, pero su opinión fue respaldada por la señora De Ropp, que explicaba para casi todo. La señora De Ropp era prima y tutora de Conradin, y a sus ojos representaba esas tres quintas partes del mundo que son necesarias, desagradables y reales; los otros dos quintos, en perpetuo antagonismo con los anteriores, se resumían en él mismo y en su imaginación.

Supuso que Conradin sucumbiría a la presión dominante de las cosas necesarias y tediosas, como las enfermedades, las restricciones y el aburrimiento prolongado. Sin su imaginación, que se desenfrenaba bajo el acicate de la soledad, habría sucumbido hace mucho tiempo.

La señora De Ropp nunca, en sus momentos más honestos, se habría confesado a sí misma que no le gustaba Conradin, aunque podría haber sido vagamente consciente de que frustrarlo «por su bien» era un deber que no encontraba particularmente molesto. Conradin la odiaba con una sinceridad desesperada que era perfectamente capaz de disimular. Los pocos placeres que podía idear para sí mismo ganaban un gusto adicional por la probabilidad de que desagradaran a su tutora, y del reino de su imaginación ella estaba excluida: una cosa inmunda que no debería encontrar entrada.

En el jardín aburrido y triste, dominado por tantas ventanas listas para abrirse con un mensaje de no hacer esto o aquello, o un recordatorio de que las medicinas estaban listas, encontró poca atracción. Los pocos árboles frutales que contenía estaban celosamente apartados, como si fueran especímenes raros que florecían en un desierto árido.

En un rincón olvidado, sin embargo, casi escondido detrás de unos arbustos lúgubres, había un cobertizo de herramientas en desuso de respetables proporciones, y dentro Conradin encontró un refugio, algo que se convirtió para él en una sala de juegos y una catedral. Lo había poblado con una legión de fantasmas familiares, evocados a partir de fragmentos de historia y de su propio cerebro, pero también se jactaba de dos reclusos de carne y hueso. En un rincón vivía una gallina Houdan de plumaje andrajoso, a la que el niño prodigaba un cariño que apenas tenía otra salida.

Más atrás, en la penumbra, había un gran cobertizo, dividido en dos compartimentos, uno de los cuales estaba rematado con barrotes de hierro. Esta era la morada de un gran hurón que un simpático carnicero había introducido de contrabando, con jaula y todo, en sus aposentos, a cambio de un tesoro oculto de plata pequeña.

Conradin estaba terriblemente asustado por la ágil bestia de afilados colmillos, pero era su posesión más preciada. Su sola presencia en el cobertizo era una alegría secreta y espantosa, que debía ocultarse escrupulosamente del conocimiento de la Mujer, como llamaba en privado a su prima.

Y un día, Dios de dónde lo sacó, le dio a la bestia un nombre maravilloso, y desde ese momento se convirtió en un dios y una religión.

La Mujer se entregaba a la fe una vez a la semana en una iglesia cercana y se llevaba a Conradin con ella, pero para él el servicio religioso era un rito extraño en la Casa de Rimmon. Todos los jueves, en el oscuro y mohoso silencio del cobertizo de las herramientas, adoraba con místico y elaborado ceremonial ante la cabaña de madera donde moraba Sredni Vashtar, el gran hurón.

En su santuario se ofrendaban flores rojas de estación y bayas escarlata en invierno, porque él era un dios que ponía un especial énfasis en el lado feroz e impaciente de las cosas, en oposición a la religión de la Mujer. Y en los grandes festivales esparcía nuez moscada en polvo frente a su conejera, siendo una característica importante de la ofrenda que la nuez moscada debía ser robada.

Estos festivales eran de ocurrencia irregular, y se designaban principalmente para celebrar algún evento pasajero. En una ocasión, cuando la señora De Ropp sufrió un dolor de agudo muelas durante tres días, Conradin mantuvo el festival durante los tres días completos y casi logró convencerse de que Sredni Vashtar era personalmente responsable del dolor de muelas. Si la enfermedad hubiera durado un día más, se habría repartido la provisión de nuez moscada.

La gallina Houdan nunca fue atraída al culto de Sredni Vashtar. Conradin había decidido hacía que ella era anabaptista. No pretendía tener el más remoto conocimiento de lo que era un anabaptista, pero en privado esperaba que fuera elegante y no muy respetable. La señora De Ropp era el modelo básico en el que se basaba y odiaba toda respetabilidad.

Al cabo de un rato, el ensimismamiento de Conradin en el cobertizo de las herramientas empezó a llamar la atención de su tutora.

—No es bueno para él andar holgazaneando allí bajo cualquier clima —decidió de inmediato, y una mañana anunció que la gallina Houdan había sido vendida y se la habían llevado durante la noche.

Con sus ojos miopes miró fijamente a Conradin, esperando un estallido de ira y tristeza, que estaba dispuesta a reprender con un torrente de excelentes preceptos y razonamientos. Pero Conradin no dijo nada: no había nada que decir.

Tal vez algo en su rostro pálido y firme le produjo un estremecimiento momentáneo, porque en el té de esa tarde había tostadas en la mesa, un manjar que ella solía prohibir con el argumento de que era malo para él.

—Pensé que te gustaban las tostadas —exclamó ella, con aire ofendido, al observar que él no las tocaba.

—A veces —dijo Conradin.

En el cobertizo, esa noche, hubo una innovación en la adoración del dios del aparador. Conradin solía cantar sus alabanzas, esa noche pidió una bendición.

—Haz una cosa por mí, Sredni Vashtar.

No se especificó la cosa. Como Sredni Vashtar era un dios, se suponía que lo sabía. Y ahogando un sollozo mientras miraba ese otro rincón vacío, Conradin volvió al mundo que tanto odiaba.

Y todas las noches, en la bienvenida oscuridad de su dormitorio, y todas las tardes en la penumbra del cobertizo de herramientas, resonaba la amarga letanía de Conradin:

—Haz una cosa por mí, Sredni Vashtar.

La señora De Ropp notó que las visitas al cobertizo no cesaban y un día hizo un nuevo viaje de inspección.

—¿Qué guardas en esa conejera cerrada? —preguntó—. Creo que son conejillos de Indias. Haré que se los lleven a todos.

Conradin cerró los labios con fuerza, pero la mujer registró su dormitorio hasta que encontró la llave cuidadosamente escondida, y de inmediato bajó al cobertizo para completar su descubrimiento. Era una tarde fría y le habían pedido a Conradin que se quedara en la casa. Desde la ventana más lejana del comedor se veía apenas la puerta del cobertizo más allá de la esquina de los arbustos, y allí se apostó Conradin.

Vio entrar a la Mujer, y luego la imaginó abriendo la puerta de la conejera sagrada y asomándose con sus ojos miopes al grueso lecho de paja donde yacía escondido su dios. Quizá pincharía la paja en su torpe impaciencia. Conradin respiró fervientemente su oración por última vez. Pero él sabía, mientras oraba, que no creía.

Sabía que la Mujer saldría pronto con esa sonrisa fruncida que él tanto detestaba, y que en una o dos horas el jardinero se llevaría a su maravilloso dios, un dios que ya no era más que un simple hurón en una jaula.

Y sabía que la Mujer triunfaría siempre como triunfaba ahora, y que él se volvería cada vez más enfermizo bajo su sabiduría superior, dominante y molesta, hasta que un día nada le importaría mucho más, y el médico tendría razón.

En la miseria de su derrota, comenzó a cantar en voz alta y desafiante el himno de su ídolo amenazado:

Sredni Vashtar avanzó.

Sus pensamientos son rojos y sus dientes son blancos.

Sus enemigos clamaron por la paz, pero él les trajo la muerte.

Sredni Vashtar el Hermoso.

Y luego, de repente, dejó de cantar y se acercó al cristal de la ventana.

La puerta del cobertizo seguía entreabierta como la habían dejado, y los minutos pasaban. Fueron minutos largos, pero sin embargo se deslizaron. Observó a los estorninos correr y volar en pequeños grupos por el césped; los contaba una y otra vez, con un ojo siempre en esa puerta batiente. Una criada de rostro agrio entró para poner la mesa para el té, y Conradin seguía de pie, esperando y observando.

La esperanza se había deslizado unas pulgadas en su corazón, y ahora una mirada de triunfo comenzó a brillar en sus ojos que solo habían conocido la melancólica paciencia de la derrota. En voz baja, con un furtivo júbilo, comenzó una vez más el himno de la victoria y la devastación.

Y pronto sus ojos fueron recompensados: a través de esa puerta salió una bestia alta, baja, amarilla y marrón, con ojos parpadeantes ante la luz del día menguante, y oscuras manchas húmedas alrededor del pelaje de las mandíbulas y la garganta.

Conradin cayó de rodillas.

El gran hurón se abrió paso hasta un pequeño arroyo al pie del jardín, bebió un momento, luego cruzó un pequeño puente de tablones y se perdió de vista entre los arbustos. Así se fue Sredni Vashtar.

—El té está listo —dijo la criada de rostro agrio—. ¿Dónde está la señora?

—Bajó al cobertizo hace algún tiempo —dijo Conradin.

Y mientras la doncella iba a llamar a su señora para el té, Conradin sacó un tenedor

para tostar del cajón del aparador y procedió a tostarse un trozo de pan. Mientras lo tostaba y untaba con mucha manteca y el lento goce de comerla, Conradin escuchaba los ruidos y silencios que caían en rápidos espasmos más allá de la puerta del comedor.

Los fuertes gritos tontos de la criada, el coro de respuesta de las exclamaciones de asombro de la región de la cocina, los pasos apresurados y las embajadas atropelladas en busca de ayuda externa, y luego, después de una pausa, los sollozos asustados y el paso arrastrado de aquellos que llevan una carga pesada dentro de la casa.

—¿Quién se lo dirá al pobre niño? ¡No creo ser capaz! —exclamó una voz chillona.

Y, mientras debatían el asunto, Conradin se preparó otra tostada.